

LAS MANOS DE MAC BETH

En torno de un episodio histórico, que Cuenca está obligada a recordar perpetuamente y sin restar detalle— pues constituye una de las páginas más grandes de nuestros Anales— aparece bien clara y definida, la división espiritual de este Concejo.

En realidad no hacía falta aquel pretexto; pero ha sido el primero que se presentó. Igualmente hubieran sido aprovechados el estatuto de Cataluña o la revisión de acuerdos: las responsabilidades subsidiarias etc.

Pero, ciñendonos al motivo del día, vemos por un lado a quienes pueden ufanarse ante el mundo entero de haber hecho una revolución y un cambio de régimen sin que la legítima y ruidosa alegría del triunfo se viera empañada por ningún hecho cruento o vergonzoso. Y es natural que como recurso eficazísimo para la educación cívica—y nunca como excitación al odio—presenten en toda su crudeza aquellos sucesos que incapacitan a muchos para seguir tomando el orden, la propiedad y la familia como pretextos para su actuación hostil a la República, prefiriendo a la colaboración leal con las izquierdas gubernamentales, hasta la inteligencia con los ácratas y bolcheviques.

Los pacifistas de todo el Mundo— en Francia los «Combatientes por la Paz» y el Partido Socialista en España— lanzan frecuentemente proclamas, manifiestos o «extraordinarios», ilustrados «con profusión de fotografías de las escenas más terribles de la guerra... el horror de los campos de concentración y la miseria de las ciudades», donde se ven las firmas de Ovejero, Díez Canedo, Jarnes, Nellen, Mendive y Abeytua.

Precisamente, la Iglesia Católica y los libros sagrados acudían frecuentemente a tales exposiciones y contrastes, por su insuperable valor educativo. Así junto a la figura de Abel, se nos muestra a Caín esgrimiendo el hueso convertido en la primera arma de guerra.

Las «Actas de los Mártires» del benedictino Ruinart, de los Fleury Mabillon, Morcelli etc. o los «Tormentos de los Mártires» de Antonio Galonio, no es de suponer que se escribieron para provocar el odio de los fieles contra los emperadores, pretores y verdugos que no existían ya; sino para perdurable condenación de la tiranía y la violencia puestas en juego, para impedir la profesión de una religión disidente y esclavizar el pensamiento.

Y para dar mayor fuerza al texto, —o para llegar al cogollo del alma a quien no sabe leer o no saca fruto de la lectura— los editores no dudaron en ilustrarlas con tan expresivas litografías de Letre, Zarza, y Mújica que achican a las obras de Ribera, el *Españoleto*, tan abundantes en *chafarrinones*, tiras de pellejo y miembros en carne viva.

En aquellas, pueden verse cuerpos descuartizados por el hacha o aserrados por mitad del tronco y asomando las visceras que cuelgan por ambos cortes; santos estrujados en una prensa o descoyuntados a golpes de mazo; miembros arrancados con tenazas. Todo el arte plástico español de la Edad Media y gran parte de la Moderna es precisamente eso. Un conjunto de composiciones realistas

destinadas a conmover al pueblo y exaltar su fe con el espectáculo de los martirios y torturas que sufrieron los cristianos en persecuciones ya remotas.

Cuando las luchas entre católicos y reformistas, llega a su colmo la propaganda gráfica, para desacreditar al enemigo, representando muy a lo vivo todos sus excesos. Y, entre las muchas lecturas y estampas que podía citar, están el «*Theatrum crudelitatum nostri temporis*»— editado en Amberes el año 1587—y la «*Historia Inquisitionis*»— de Amsterdam, 1602—donde figura un auto de fe en España, donde no falta detalle del ceremonial que ordenó Fray Tomás de Torquemada, y fielmente recogido por Felipe de Limborch.

La Gran Guerra Mundial vuelve a poner en uso este procedimiento, no siendo menos portado el combate de las letras y fotografías acusadoras de atávicas barbaridades y del uso de armas y proyectiles prohibidos. Y el Museo de la Guerra—creado por los socialistas en Alemania tiene por fondos las cosas y aspectos más horripilantes de la guerra, para que el pueblo alemán la aborrezca y se cure de su insania imperialista y belicosa.

El otro sector del Ayuntamiento de Cuenca, no entiende así las cosas. Prefiere que un tupido velo oculte o disimule aquel pasado bochornoso y sanguinario de las ultraderechas; pero a la República le conviene subrayarlo por lo mismo que la Dictadura facciosa mostrara empeño en darlo por no sucedido, suprimiendo la procesión cívica, tachando la censura los artículos más moderados e hiriendo a cada instante y a cada paso los sentimientos liberales de la Sociedad cuense.

De los supervivientes del naufragio de las Uniones Patrióticas y de los Somatenes arribados a la playa de la UCA no cabía esperar otra cosa; pero no invocuen los fueros del arte y del buen gusto los complicados en la «caricatura de las casas colgadas»; quienes también, por intereses de partido, defenderán la socorridadesis «borrón y cuenta nueva» para liquidar—sin quebrantos ni sanciones para sus afines y correligionarios—los despilfarros y tropelias de la Dictadura.

El caso nada tiene de nuevo, ni de extraño. Siempre se dijo: «De la Inquisición, chitón» y que «no conviene mentar la sogá en casa del ahorcado». Nunca fueron gratas la luz y la publicidad a los Tribunales de la Sangre, en Flandes, y del Santo Oficio en España y a las instituciones sucedáneas en la Dictadura; y no ha sido posible airear antes y penetrar en el secreto de las lóbregas mazmorras, que ahogaban los ayes de dolor... Todavía yo, el año 1921, conocí en mi daño esos procedimientos, y luego, en 1928, sufrí el ataque personal en un acto público, en presencia de todas las autoridades, obligadísimas a defenderme; sin duda por temor al espíritu inquisitorial infiltrado en la Dictadura.

El arte y sus fueros—que ladinamente invocan otros—nada tienen que ver en este pleito meramente político. El *chafarrinón* de roajo subido,

era preciso en esta ocasión; pues a Macbeth el ambicioso, nada le turba ni espanta, como la contemplación de esa mancha que no puede borrar de sus manos desde que asesinó a su hermano Duncan para quitarle el reino de Escocia.

Juan Giménez de Aguilar.

NOTICIÓN!

Hay un estado mayor

Los cronicones actuales dicen que un tal Madariaga, de su coro de vestales, que en verdad hay una plaga,

formó un estado mayor para arreglar esta plaza; y el tal estado es menor, porque es fufa y añagaza.

En él forman noveneras solteronas, ya muy feas, de las llamadas cristeras, con sus títulos de neas.

Su labor será insidiosa y nulo su resultado. No hace cosa provechosa un cerebro anquilosado.

Yo me entero y me da risa, porque nunca tomo en serio lo que lleva por divisa el más profundo misterio.

En sus activas funciones harán votos alfonsinos, rezando unas oraciones porque vuelva a sus destinos.

Con tan menguados auspicios no hará nada positivo, pues sólo tendrá prejuicios, y algún hecho delictivo.

Y seguir es conceder a estos chismes importancia. Nunca podrán contender con la pura democracia.

Ya no quiero cantar más, sabiendo que el tiempo es oro; no lo perderé jamás cantando coplas a un loro.

ANRUÉS.

Cuenca y Julio 1932.

Salivazo

Un poliglota desaprensivo, sin ideas propias, que se firma «El Corresponsal de A B C» en el «Defensor de Cuenca», en lugar de rebatir con argumentos y razones las concretas acusaciones que desde este semanario le dirigi, me ofende e insulta despiadadamente. Ese terreno no lo piso yo; y las columnas de «República» no se componen para replicar a «eso». Es otra la forma y otro el lugar en donde debo replicar. Y así se hará.

JULIÁN ROJO FELIPE.

SOBRE TODO, LA REPUBLICA EL EJERCITO

Los militares han de estar penetrados con la República, o si no que se vayan; que se retiren.

Esos señores que cobran del Estado y no sienten la democracia, ¿qué papel hacen en el Ejército?

Viene a ser esto como los curas que no creen en Dios y siguen diciendo misa.

La miseria muchas veces lucha a capa y espada con la dignidad.

Pero en mi credo es más noble morir de hambre en un rincón antes que hacer traición a la conciencia.

Si se ha jurado defender la República hay que morir por ella, porque había cien puertas abiertas para haber salido del compromiso.

Me parece que el señor ministro de la Guerra abrió la mano antes y ahora. Se han dado todas las facilidades para los que no estén conformes con el nuevo régimen se retiren a la paz de sus hogares.

Lobos con piel de oveja no. La inmensa claridad de estas horas lo descubre todo.

El primogénito, militar; el segun-

Así se procede

Con motivo de los dos grandiosos actos de afirmación Republicana celebrados recientemente, que fueron organizados por el partido Republicano Radical Socialista local, en el primer mitin, especialmente, para nadie era un secreto el plan de ciertos elementos de interrumpir y hasta evitar que hablase el eminente y prestigioso correligionario don Vicente Sol. ¿Qué ocurrió? Pues lo que no ignoráis. Todos los valores republicanos conguenses, unidos como buenos ciudadanos, dando la cara y con entusiasmo indescriptible hicimos fracasar el intento y se vió claramente nuestra potencia y lo que de ella podemos obtener. Ya es hora, queridos correligionarios, de que vayamos al frente único de que os he hablado en otros artículos. No perdamos tiempo, y a constituirnos como debemos estar. Orillados los elementos cavernarios, y con ello los parásitos frígidos del 14 de Abril, seamos nosotros los primeros en combatir la plaga de caciques vividores; y cuando a nuestro Comité se le acerque el pueblo soberano a pedir justicia, y esto sea justificado, seremos nosotros los que, con títulos propios por el derecho que nos asiste, propondremos, a quien tiene el deber de hacer justicia, la solución de estricta legalidad.

Tened la seguridad, queridos correligionarios, de que cumpliendo todos con nuestro deber adelantaremos mucho trabajo y encauzaremos la vida de la mayoría de estos pueblos por las vías de la razón y la justicia y lograremos que combatiendo el caciquismo, se consolide absoluta, completa y definitivamente la República.

Por nuestra causa, por Cuenca republicana, no me canso en repetir: Formemos el Partido Unico Republicano.

José Sebastián

Cuenca, julio 1932.

dón, cura... Militares y curas dueños de España. Así han corrido los siglos.

Cuando la aristocracia, la gente de sangre azul, se dió cuenta de la decadencia del clero retiró a sus hijos de la Iglesia, pero no de las armas; los apartó de la milicia espiritual, de la conquista del reino de Dios, pero no de la otra milicia terrenal y baja, conquistadora de los intereses del Mundo.

La clerecía, todavía de rodillas ante el capital, procede del populacho, de la canalla...; los militares, no.

La carrera militar ha sido y sigue siendo el reducto de las clases pudientes. Además, esto viste bien.

Lo cual quiere decir que estas clases siguen soñando con el dominio de España y jugando con el nombre sacrosanto de la patria.

Pero la patria no es el concepto de general B o del teniente coronel Z, que van a lo suyo, a lo que les trae cuenta...

La patria es Cuba. El nombre nos da calofríos. Vimos a los repatriados que eran cirios, blandones, que alumbraban el solomne funeral de la patria, que estaba de cuerpo presente...

La patria era Africa. Y en Africa se dejaron la vida millones de hombres nacidos entre terrones.

Todo esto era la patria. ¡La patria! Don Alfonso, divirtiéndose: siempre de caza, de recepciones, de grandes fiestas a las que no faltaban los prelados, tal vez para ayudar a bien morir a la Monarquía.

Después de los banquetes, de sobremesa comentaban todos los sucesos de Africa. ¡La patria! ¡Qué nombre tan hermoso!

Bien comidos, bien bebidos, bien servidos, la patria muerta, por arte de birlibirlique resucita y aparece en el festín.

Es entonces cuando salen a relucir los romances caballerescos y se cantan las glorias de la España católica.

¡España, tierra de santos llevar! España volverá a ser siempre como fué, un plantel de santos. San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Pedro de Alcántara; los dos Luíses...

Los santos toman vida en los labios de los prelados y parece que se les ve andar por los pueblos y ciudades de España.

El Ejército no lo componen los hijos de los grandes señores; el Ejército no es, no puede ser de las burguesías, porque el Ejército es el pueblo.

Al Ejército se le han entregado las armas no para que defiendan a los ricos o para que algunos jefes hagan política monárquica. El Ejército es el amparo de la patria, y la patria somos todos; el pueblo que trabaja en las minas, en el campo, en el mar, en los talleres, en las fábricas. La patria son todos los que trabajan de una manera o de otra para consolidar un régimen democrático: médicos, abogados, arquitectos, ingenieros, periodistas...

Resulta que la milicia es la que goza de más mimos, de más privilegios, de más bulas...

Los demás no rechistamos; pero nos duele, nos amarga que dentro del Ejército se encuentren hombres que no sientan la República... ¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

Juan García Morales
Presbítero